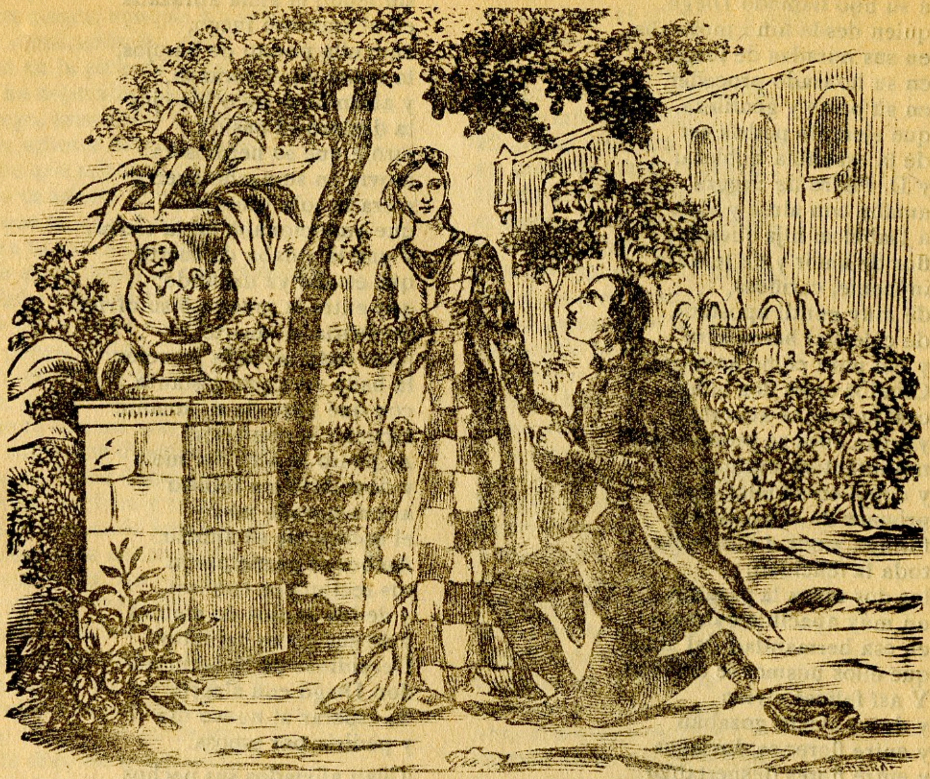

LOS AMANTES DE TERUEL

Nueva relación histórica y compendiada de los amores y trágico suceso de dichos amantes don Diego de Marcilla y doña Isabel de Segura

PRIMERA PARTE

La amistad más franca y pura
unía con maravilla
á D. Martín de Marcilla
y á D. Pedro de Segura.
De iguales inclinaciones
en sus afectos sinceros,
igual lustre en los blasones
y en fin buenos caballeros.

Tenían ambos á dos
por sola y única ley
amar y servir á Dios,
su honor, su patria y su rey.
Uno á otro se servían
con el cariño más fiel,
y muy vecinos vivían
en la ciudad de Teruel.

Elde Marcilla adoraba
á su hijo llamado Diego,
quien desde niño mostraba
en sus miradas de fuego,
en su honrado proceder,
en su porte y gentileza,
que ejemplo podría ser
de la española nobleza;
y D. Pedro de Segura
amaba con alma y vida
á Isabel su hija querida,
flor de amor y de ternura
inocente, cariñosa,
de muy gentil apostura,
de celestial hermosura
y tan pura como hermosa.
Criados estos dos niños
casi juntos, se adoraban
y entre ellos se prodigaban
mil infantiles cariños,
y como en aquella edad
primera de la existencia
forman amor é inocencia
toda la felicidad,
los dos niños la pasaron
en muy apacible calma
en esa hermandad del alma
que ellos mismos se crearon.
Y así felices vivían
y de su afecto gozaban
y entre flores se dormían
y entre flores despertaban

Así su infancia pasó,
y en la edad de las pasiones
en sus tiernos corazones
el más puro amor nació.
Diego sintió el alma arder
en el fuego del amor:
sufría cierto dolor
muy parecido al placer,
que entre piadoso y cruel
le daba vida y mataba...
era amor y el no acertaba
á decir: te amo, Isabel.
También en dulce querella
de amor Isabel gemía;
también su fuego sentía
la enamorada doncella,
que en ambos el mismo afán
encendió llama amorosa;
que era Isabel tan hermosa
como don Diego galán.
Un día que estaba Diego
conversando con su amada
sintiendo el alma abrasada
en el amoroso fuego;
ante ella puesto de hinojos,
la mano en el corazón,
y alzando al cielo los ojos
la declaró su pasión:
juróle que su hermosura
movía en su pecho guerra:
y era la sola ventura
que ambicionaba en la tierra,
y que la amaba de suerte
que estaba ya decidido;
que entre la muerte ó su olvido
preferiría la muerte.
¡Con cuán turbada atención
la bella en aquel instante
con qué gozo de su amante
escuchó la confesión!
Al punto le alzó del suelo
y descubrió sin rebozo
al enamorado mozo
el secreto de su anhelo.
Ambos se participaron
sus recíprocos temores,
y de los llantos de amores
y de sus goces hablaron.
Despidiose de la hermosa
don Diego con alegría
de esperar al nuevo día
y pedirla por esposa.

¡Cuan aliviados sus pechos
aquella noche no hallaron!
Ambos á dos la pasaron
desvelados en su lecho.
Ella no llamaba al sueño,
que tenía el pensamiento
en la imagen, el acento
y en el brío de su dueño.
Y el sueño esquivaba él
libre de amantes enojos,
fijos del alma los ojos
en los ojos de Isabel.
Madrugó Diego la aurora,
mas no madrugó por verla,
que ansía sólo ver la bella
que su corazón adora;
y sin perder ocasión
se encaminó á la morada
de los padres de su amada,
y con cortés atención
pidiéndola por esposa
el enamorado Diego,
con la elocuencia del fuego
de su pasión amorosa,
fuerte pasión aunque honesta,
con admiración no poca
halló en la paterna boca
tan no esperada respuesta:
«Diego, eres nóble y honrado
»y te aprecio mucho, Diego,
»pero que mires te ruego
»que es asunto delicado
»el que te trajo á mi casa,
»y ya tu sabes también
»que es de importancia no escasa
»y debe tratarse bien.
»No dudo de tu virtud
»ni pongo duda á tu amor;
»esta es la más grata flor
»que nos da la juventud;
»mas tu que no eres niño
»de sobra has de comprender
»que no basta á una mujer
»virtud, nobleza y cariño;
»y á tu demanda importuna
»la respuesta encontrarás
»si vuelves la vista atrás
»y calculas tu fortuna;
»y pués te sobra nobleza
»conoce, aunque yo te aflija,
»si puedo á mi hermosa hija
»arrojar á la pobreza...
»No, Diego, no puede ser:
»te lo digo en conclusión,
»y advierte que en esta acción
»sólo cumplo mi deber!»

Diego á la calle se lanza
con el alma dolorida,
llorando al ver convertida
en dolor toda su esperanza,
y maldiciendo su suerte
y su fortuna precaria,
llamaba á voces la muerte,
sorda á su triste plegaria,
pero su llanto pueril
atajó y en grave calma
llamó el esfuerzo del alma
á su pecho varonil,
y exclamó: ¡Vanos lamentos!
¿Yo juguete de un acaso
seré? No, cierran el paso
á mis honrados intentos,
dan al orgullo tributo
con egoismo cruel:
cubren de dolor y luto
mi vida y la de Isabel:
mas pues la fortuna avara
me arrebata el bien que adoro
pues sólo me falta el oro
para arrojar á la cara
del que burla mi esperanza,
no me faltarán tesoros.
Mi patria oprimen los moros,
yo sabré enristrar la lanza...
Cubra mi cuerpo la tierra
si muero en la guerra cruel;
si vivo y triunfo, Isabel
será mi esposa: ¡á la guerra!
Así dijo: y esperando
á que oscureciese el día,
ocultando su agonía
y su dolor ocultando,
el alma llena de hiel,
fuése silencioso al fin
á la casa de Isabel,
que aguardaba en el jardín.
En sus latidos violentos
habló el corazón por ellos
y renovaron aquellos
amorosos juramentos.
Deploraron la injusticia
de los hados inclementes
aquellas dos inocentes
víctimas de la avaricia
y en efecto ¿qué mayor
bien ni riqueza querían
cuando en su pecho tenían
tantos tesoros de amor?
Marcilla, del corazón
detuvo el latir violento,
y á Isabel en un momento
contó su resolución.

Trazó con vivos colores
la esperanza que alentaba
y de como él esperaba
ganar trofeos y honores;
que se mantendría fiel
y sufriría con paciencia
los dolores de la ausencia
siendo amado de Isabel.
«Cinco años (dijo) y concluyo
con todo, tú lo verás,
cinco años y tú serás
feliz, pues yo seré tuyo.»
Isabel aunque afligida
quedó un poco consolada
y aquella voz tan querida
escuchaba embelesada.

Convino con Diego en todo,
y en medio de su quebranto,
entre suspiros y llanto
juró que de ningún modo
se entregaría á otros brazos,
ni su amor desconociera
aunque su padre la hiciera
el corazón á pedazos:
que desafiaba su suerte
y esperaría en paciencia
más amorosa en la ausencia
y en la desgracia más fuerte.
«Y en la misma sepultura,
(dijo) fiel me encontrarás
y aun amorosa verás
á tu Isabel de Segura.»
A la mañana siguiente,
devorando sus enojos,
rojos de llanto los ojos,
llena de arrugas la frente,
en marcha precipitada
Diego de casa salió,
y sus pasos dirigio
á la casa de su amada.
Hizo á D. Pedro llamar
y retirándose aparte
al grave anciano dió parte
del proyecto singular.
«Señor (dijo) me despido:
salgo, señor de mi tierra,
voy á lanzarme en la guerra,
cinco años de tiempo os pido.
Isabel me ama; los dos
respetamos vuestra ley
yo voy á servir al rey
por volver digno de vos.
Si venciendo á los infieles
lleno de insignias mi pecho
mis arcas ganan provecho
y ciño heróicos laureles,
espero que no os aflija
verme volver de repente
y dar á un rico valiente
la mano de vuestra hija.»
Don Pedro le contestó
que su palabra empeñaba
y el compromiso aceptaba,
y Diego se despidió.
Mas D. Pedro en su interior
(por ser avaro cruel)
decía: «Nunca Isabel
querré que alague su amor:
todo con tiempo se olvida:
Isabel le olvidará
y después se casará
con quién yo le mande ó pida.»
Diego en tanto desolado
y deseando batirse
corrió al punto á despedirse
de su buen padre adorado.
Encerróse en su escritorio
y jurando serle fiel
escribió un largo billete
á su querida Isabel.
Luego á su padre abrazó
que era del honor espejo...
¡Oh cuánto honrado consejo!
¡Cuántos abrazos le dió!
También lloraba el galán
por su padre y por sus lares,
mas apretó los ijares
de su gallardo alazán.
Armóse de su valor,
la rienda al caballo dió
y de su patria salió
para conquistar su amor.
El ínclito Diego parte
y el lector que ver quisiera
la fortuna que le espera,
lea la segunda parte.

FIN

(*Es propiedad*)

Imps. Hospital, 19 «El Abanico»

COL·LECCIÓ
Manuel Massó